

ESTAMOS LLAMADOS A LA SIMPLICIDAD⁴²

“Cada vez que me ha parecido experimentar el sentido profundo del mundo, lo que siempre me ha impresionado es su simplicidad”⁴³.

Pero estos momentos de gracia son fugitivos y nuestra existencia cotidiana se agota en una experiencia de multiplicidad.

“Nada es simple”

Es fácil ver que, en un determinado grupo humano, unos son más simples, otros menos. Mas, es posible también descubrir que los que son simples, de una sola pieza y “sin problemas” como se dice corren el riesgo de serlo a causa de una sensibilidad un poco ruda o de una cultura superficial. Entonces, la causa de esta simplicidad natural ¿no sería una personalidad de la cual ciertos aspectos han permanecido como mudos, olvidados, sin cultivar? Y cuando alguien dice ser muy simple ¿no sería más bien un simplista?

De manera análoga Fenelón escribía: “Hay una simplicidad que es un defecto y otra que es una maravillosa virtud. Aquella es a menudo una falta de discernimiento y un desconocimiento de la consideración debida a cada persona”⁴⁴.

Por otro lado, algunos se muestran simples, siendo en realidad muy complejos; esto, se debe a que son fácilmente abordables y esto da a sus relaciones con el otro soltura y naturalidad.

En realidad, más o menos simple, el hombre o la mujer, nunca es verdaderamente simple.

Tensionado entre su pasado, a menudo enterrado en lo más profundo y sus esperanzas que no son quizá sino la proyección invertida de ese pasado, tensionado por su naturaleza física, los reflejos heredados de su medio y su sensibilidad personal, entre los límites inherentes a su ser y el ideal ilimitado de grandeza que lo inhabita, entre un realismo que es lo único que le permite vivir y el sordo rechazo de una vida hecha para la muerte, entre el deseo de darse y el de poseerse, entre la necesidad de ser amado y el miedo de perder por esto su autonomía, entre un deseo de originalidad y la necesidad de sentirse aprobado –no, el ser humano no es simple– y su proyecto, su caminar por la vida, su relación consigo mismo y con los demás no podrían ser simples.

Aquí se verifica una ley general de la naturaleza: el desarrollo, la profundización se opera por una creciente complejidad.

Ahora bien contrariamente a lo que a veces podría pensarse por cansancio, la complejidad no es un mal en sí, hasta tal punto que fuera necesario preferir a ella lo somero. No, el mal está en que cuando más aumenta, tanto más disminuye sus posibilidades de su armonía y unificación: por el contrario, tiende a la dislocación.

⁴² De *Collectanea Cisterciensia*, 41-1979-1. Tradujo: Hna Hildegardis Lizola, osb. Santa Escolástica (Buenos Aires – Argentina). Nota de la traductora: hemos utilizado en español los términos simplicidad y sencillez para traducir el francés *simplicité*, según nos pareció convenir.

⁴³ Albert CAMUS, citado por G. CESBRON, *Ce que je crois*, Paris, 1970, p. 20.

⁴⁴ *Instruction et avis sur divers points de la morale et de la perfection chrétienne*, XL (Fiches d’Orval, D 9).

Las ciencias humanas nos enseñan que la liberación de un ser se realiza sólo cuando él se reconoce y se acepta dividido, y en un sentido hasta definitivamente dividido.

Aquí podemos citar a S. Pablo: “No hago lo que yo quiero sino lo que aborrezco... y si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra sino el pecado que está en mí” (*Rm 7,15 y 20*).

Por lo demás aún la vocación espiritual del hombre no es simple. Ya que si somos llamados a ser simples como una paloma, en la misma frase Jesús nos invita a ser prudentes o hábiles como una serpiente (*Mt 10,16*).

Así la simplicidad cristiana aparece de entrada como una actitud compleja que debe combinarse y equilibrarse con la prudencia. Esto ya da a entender que la simplicidad evangélica no conduce a una mera espontaneidad. Los que son simples para ellos mismos quizá, los espontáneos que hacen de su espontaneidad un sistema y una justificación, en general no son muy fáciles de soportar para los demás...

Por cierto la simplicidad del niño permanece en nosotros como un punto de referencia, como un estado que una parte de nosotros mismos desearía reencontrar y en la que piensa con nostalgia. Aunque esta simplicidad infantil no se dé sin muchas otras cosas, más escondidas simplemente y que sólo esperan desarrollarse.

De todas maneras S. Pablo encuentra conveniente que llegando a la adultez se supere lo que era propio de niños en cuanto a pensamientos, palabras, razonamientos (*I Co 13,11*).

Que el niño o la niña que éramos continúa habitando en nosotros es innegable. Pero ello no simplifica el asunto.

¿El espíritu de infancia según el Evangelio, consistiría en tomar al niño como un modelo para imitar? ¿o un estado de existencia que habría que recuperar? ¿No estamos invitados más bien a ver en el niño una parábola?

El modelo nos volvería a un pasado que deberíamos reproducir “literalmente” mientras que la parábola nos invita a encontrar en la comparación un estímulo para una búsqueda ingeniosa y orientada hacia el porvenir.

En realidad, nada es simple ni en nosotros mismos ni en una comunidad, ni en el mundo, ni en la Iglesia, ni aún en la Biblia.

Cualquier verdad tiene muchos aspectos, cualquier problema es susceptible varias soluciones. Nada es claro tampoco y andamos a tientas personalmente y en conjunto en el claro oscuro y las semi medidas aun cuando un gran deseo de claridad, de simplicidad y de absoluto nos habite.

El llamado a simplificarse

Sí, este deseo nos habita como un signo –hueco– de Aquel que nos ha creado Y este deseo, chocando con nuestras complejidades, puede paralizarse en un lamento estéril; puede también levantarse en nosotros como un falso absoluto en cuyo nombre decretaríamos con aplomo: “No hay problema”. Que no hay problema, ¡vamos!...

Pero tal deseo puede también devenir a nuestros ojos un llamado, una dinámica para nuestra existencia, una fuerza orientada hacia el futuro, un sentido.

Y es entonces cuando este deseo puede ser alcanzado por la Buena Nueva, este valor humano, evangelizado. “Si tu ojo es simple todo tu cuerpo está en la luz” (*Lc 11,34*). Es esto a la vez,

promesa y mandato. No el mandamiento de ser simple desde un principio, lo cual sería exactamente lo contrario de una promesa: sería una condenación. Sería el mandamiento de hallar en sí el polo a partir del cual la luz podrá llenar todo nuestro ser y así unificarlo, polarizarlo y, en una palabra simplificarlo.

Porque todo está ahí: el deseo de simplicidad que inhabita nuestra persona compleja recibe en el Evangelio el llamado a devenir precisamente ese ojo simple, esa mirada única que se abre a la luz, que se deja capturar por ella y que envuelve todo el ser en esa mirada unificante. De esta manera, de la comprobación de que no somos simples podemos pasar al impulso evangélico de simplificarnos. Aunque todavía será necesario, precisar enseguida el sentido de esta palabra.

La primera conversión que hay que obrar aquí es la de reconocer que el ojo no crea la luz; la recibe del exterior “Abramos los ojos a la luz que diviniza”–dice San Benito⁴⁵–. No somos nosotros mismos quienes podremos simplificarnos, el principio de nuestra simplicidad no está en nosotros. Lo que nos constituye es estar en relación con Dios; lo que hace nuestra verdad es ser imagen de Dios y más precisamente imagen receptora de su imagen, receptora de su luz, para que todo nuestro ser entre poco a poco en esta luz. Nuestra simplicidad es... Cristo. Y fuera de Cristo el manejo de tendencias que nos compone no puede sino caer en la dispersión.

Fe, esperanza, amor y simplicidad

Al fin de cuentas el llamado a la simplicidad coincide con la fe misma. Reconociendo a Cristo como mediador descubriremos que lo es también entre las diversas partes de nosotros mismos; reconociéndolo como nuestra cabeza realizamos lo que se puede llamar una cierta objetividad: una primacía de lo real sobre lo egocéntrico y las contradicciones de nuestra subjetividad. El primer grado de humildad, según san Benito, consiste en último término en un sometimiento a lo real, a ese Real que es el Dios presente.

Uno no se encuentra verdaderamente a sí mismo sin dejarse, precisamente porque esta verdad que unifica y simplifica –y que es *nuestra* verdad– hay que buscarla y ganarla más allá de la conciencia inmediata que tenemos de nosotros mismos. Sí, hay que buscarla más allá porque debe ser recibida como un don. Jesús la ha vivido recibiendo sin cesar de su Padre. Nos la da en nuestra comunión con él.

No es menos verdad que la sencillez coincide con la esperanza. Esta no es una proyección de nuestros deseos hacia el porvenir sino la eternidad de Dios que nos arrastra en pos de sí. La esperanza es el ancla que ha penetrado con Cristo más allá del velo y que nos atrae hacia el más allá, junto con todo lo creado, que carga sobre nosotros. La simplificación de nuestro ser y de nuestra existencia exige fuerza, pero sobre todo paciencia y perseverancia, que son frutos de la esperanza.

Por otro lado, la esperanza nos asegura que simplificándonos, no vamos a perder elementos esenciales de nuestra persona. Y a propósito de esto, notemos otra coincidencia entre simplicidad y esperanza. Todas las promesas de Dios referentes a su Reino se resumen en una diversidad que se ha hecho armonía, en una riqueza y una abundancia plenamente integradas, en una comunión que será como el florecer de una infinidad de particularidades. Dicho de otra manera, en una simplicidad que superará las contradicciones sin que se pierda ninguna de las verdades que contienen. Todo lo contrario del empobrecimiento y del simplismo que podría evocar en nosotros el verbo “simplificar”. En efecto, a menudo sufrimos de tal empobrecimiento porque aquí en la tierra generalmente sólo a ese precio podemos pasar a la acción y alcanzar cierta eficacia.

⁴⁵ RB, Prólogo.

Así, pues, nuestra esperanza del Reino se confunde con la espera en que vivimos de nuestra propia simplicidad. Esta esperanza permite que nos maravillamos de la plenitud y de la unidad que serán las nuestras y que aceptemos entretanto los esfuerzos y el trabajo que nos cuesta la simplicidad. Nos es necesario nada menos que la esperanza para permitirnos soportar la tensión interior entre lo que somos –tan complejos– y el progreso que nos esforzamos por realizar en la simplificación de nuestro ser y de nuestra existencia.

Ahora bien: la esperanza cristiana no es sólo la espera de un porvenir sino también la apertura del presente a la eternidad. Así, cuanto más se simplifica un ser tanto más enraizado está en el momento presente, recibéndolo como un don de Dios con todo lo que este don le trae.

En fin, la simplicidad coincide con el amor. Porque el amor supone una actitud desarmada, sin prevenciones ni cálculos, una rectitud de corazón y una confianza, que se resumen ambas en la simplicidad de que hablamos aquí. Mas la psicología contemporánea nos dice hasta qué punto tal transparencia es imposible y qué ambiguo sigue siendo nuestro amor. Por lo tanto también en esto la simplicidad ha de ser objeto de esperanza para que osemos reconocer dicha ambigüedad, aunque haciendo continuamente todo lo posible por disminuirla.

El amor, sin embargo, no es sólo lo que pone a prueba nuestra simplicidad, sino que es también el camino privilegiado para llegar a ella. De hecho si el ser humano, como lo hemos visto, no puede simplificarse más que en esta actitud de fe que lo saca de sí mismo y lo polariza en Cristo, es porque él es esencialmente un ser de relación que se recibe y se encuentra en la medida en que se da. Esto se verifica también, en un cierto grado en las relaciones humanas –en el amor. Parece que somos tomados por el prójimo. Pero si esto ocurre con nuestro consentimiento si nos dejamos tomar por causa del amor que enseña el evangelio– entonces el prójimo habrá sido para nosotros la ocasión de una madurez de nuestra persona, de un crecimiento en nuestra integración, y por lo tanto, de un cierto progreso hacia la simplificación personal. En esta donación de nosotros mismos, devenimos, sin haberlo buscado, más personales, más unificados en profundidad, más simples.

La simplicidad: ¿un carisma cisterciense?

Es bastante común que monjes y monjas de nuestra Orden digan que han sido atraídos por la “sencillez cisterciense”. Por otro lado, se suele hablar a propósito del “aggiornamento” de un retorno a la sencillez. ¿Cómo definir esta sencillez transmitida por una cierta tradición y que se nos presenta hoy como un proyecto?

Se podría comenzar evocando aquí lo que yo de buen grado llamaría “la antigua Trapa”: su fuerte acento, su aspereza, el rigor de su observancia, de su silencio, de su hosca separación del mundo. ¿No habría que aplicarle, al menos en un aspecto, lo que decíamos acerca de las personas al principio de este artículo? Se habría dado allí más simplismo que simplicidad. En una vida cuyo desarrollo exterior estaba minuciosamente regulado por los usos, el trapense aparecía –según la frase de un amigo de nuestra Orden– como un hombre “que siempre tiene un poco de hambre y un poco de sueño”. Esta ocurrencia no es caricaturesca, pero el rigor de la existencia podía ser, y lo ha sido a menudo, el crisol de una simplificación espiritual que es afinamiento. Sin embargo, sabemos que en esta manera de vivir que se remontaba sobre todo a D. de LeStrange, el equilibrio original de la vida cisterciense en realidad quedaba perturbado: El Oficio estaba sobrecargado, el trabajo manual devoraba con demasiada frecuencia el tiempo de la *lectio*, se alimentaba un desprecio un tanto farisaico de la vida intelectual, y, algo más grave aún, la emulación espiritual se deslizaba hacia un formalismo culpabilizante en el capítulo de culpas. Se perdía de vista lo esencial para perderse en los detalles; un celo amargo y obstaculizante podía desplegarse en él. El exceso de rigor de esta vida, alejándose de la discreción de la Regla, corría el riesgo de llegar hasta una anulación de las personas.

Por otra parte, los herederos de Sénanque y del Thoronet se habían convertido en los maestros del mal gusto. Se confundía pobreza, y quizá sencillez, con fealdad. Asimismo, cierto moralismo tendía a oscurecer el sentido de la belleza de la vida cisterciense que había dado esplendor a la edad de oro del Císter.

Belleza de la vida, amalgama de equilibrio y de exactitud en las relaciones entre los valores elementales (en el sentido fuerte del término):

- el trabajo manual, en el que se expresa una dimensión social de la pobreza y un sano realismo: el del hombre comprometido en cuerpo y alma en el mundo tal como es—realismo esencial para el derrotero espiritual de la vuelta a Dios;
- la *lectio divina*, en la que se almacena en la memoria del corazón la Palabra de Dios, y en la que el monje goza de una soledad relativa, de una necesaria autonomía y de la posibilidad de vivir a su propio ritmo. En un sentido más amplio, la *lectio divina* incluye un cierto estudio teológico y entonces se convierte en el momento privilegiado donde la inteligencia se entrega al trabajo y entra así, a su manera, en la búsqueda de Dios.
- una liturgia que renuncia al ornato, al despliegue de las formas exteriores y a los efectos fáciles, para hacer resaltar lo esencial, que es entrar en el misterio de Cristo, escuchar a Dios en conjunto, darle una respuesta donde resuene la autenticidad de la vida fraterna y vivir este encuentro con Dios como un lugar privilegiado de experiencia espiritual.
- una comunión fraterna que se exprese con la suficiente discreción como para que cada uno sea devuelto a la soledad personal, que debe no rehuir sino asumir; y al mismo tiempo con la suficiente libertad para que se pueda desarrollar la amistad espiritual;
- una vida apartada, que, lejos de excluir la atención prestada a la Iglesia y a los problemas del momento, los asuma a su manera.

¿Acaso la sencillez cisterciense de la edad de oro no es precisamente esa exactitud en las relaciones entre todos los valores que acabo de mencionar? Y esta exactitud en las relaciones se expresaba necesariamente en un estilo de vida desprovisto de superfluidad, de afectación, de facilidad. Belleza sin afectación, estética sin estetismo, porque su incentivo es de orden místico: “pobre, seguir a Cristo pobre”.

La edad de oro del Císter no duró mucho tiempo, lo cual muestra a las claras que esta exactitud en las relaciones exige un constante reajuste y que volver a hallar la sencillez cisterciense no consiste en opciones simplistas que den preferencia a uno solo de estos elementos.

Este reajuste constante se opone al inmovilismo en el que vivíamos comunitariamente hasta el Vaticano II. Pero los replanteos necesarios nos hacen correr el riesgo de ver surgir en nosotros esa multiplicidad de pensamientos que denunciaban los Padres del desierto y que es todo lo contrario de la simplicidad (sencillez). Y entonces, ¿no nos arriesgamos a volver un pensamiento nostálgico hacia los antiguos conversos de nuestra Orden, cuya vida era precisamente de una extrema sencillez?

Fácilmente, y con bastante superficialidad, se atribuye esta sencillez al hecho de que los conversos no estaban obligados al oficio divino. Es verdad que estaban así liberados del rubricismo y de una cierta prolijidad litúrgica. Pero el hecho de recitar Padrenuestros en lugar de salmos no implica *ipso facto* una actitud espiritual fundamentalmente más sencilla (simple). Esto puede llegar a fomentar devociones particulares que no siempre escapan a un ritualismo *idioritmico* bastante complicado. Me parece que la simplicidad profunda, y profundamente

contemplativa, de muchos conversos habría que buscarla en otra parte.

Recuérdese que no tenían voz en el Capítulo ni participaban en la elección de los superiores; tenían poco acceso a la información y ninguna posibilidad de influir sobre la marcha de la comunidad. El efecto positivo de esto era por lo menos favorecer el silencio del corazón y cierta ausencia de ambición personal, pero, por cierto, era también pagar muy caro la sencillez pues quedaba sacrificada una sana igualdad entre hermanos y ese valor humano y cristiano que consiste en tener participación en las responsabilidades comunes.

Sin embargo, el interrogante queda en pie: ¿cómo conservar y recuperar todos juntos incesantemente aquello que constituía la sencillez de los conversos? No ciertamente renunciando a las evoluciones ni desentendiéndose de las responsabilidades llevando una existencia pasiva, sino en una sumisión deliberada a lo real, a sus resistencias, a sus lentitudes tal vez inevitables. Entonces podremos reflexionar sobre los cambios sin perder el silencio del espíritu y del corazón, es decir, trabajar en los ajustes sin empeñar todo nuestro ser y sus pasiones, sin buscarnos a nosotros mismos y la propia comodidad, sin tratar subrepticamente de doblar a los demás ni plegar las cosas a nuestra conveniencia y a nuestro servicio. Porque hay que adaptar el horario, las condiciones materiales de la vida, el ritual, pero sin que esta búsqueda sea una manera de huir de nuestra ascesis primordial: adaptarnos nosotros mismos a los demás, a las circunstancias y al estilo de vida que nos propone el monasterio.

¿No es acaso este silencio del espíritu y del corazón el lugar por excelencia donde se revela el gusto de Dios? Me pregunto si el consentimiento a la simplicidad simplificante de Dios y de los caminos de Dios, no sería para el cisterciense lo que la virginidad de espíritu para el cartujo, la noche y el renunciamiento para el discípulo de Juan de la Cruz, la pobreza para el hijo de san Francisco de Asís. Dicho de otra manera, la sencillez no sería ese famoso “carisma cisterciense” que, desde hace algunos años, se busca definir con una sola palabra?

He ahí por qué este silencio es también vigilancia concreta para que nuestra existencia cotidiana no pierda su sabor en una excesiva comodidad material, un gusto por el confort que esté en contradicción con la discreción, una cierta coquetería del ambiente, tan alejada como la fealdad, de la belleza primitiva de los monasterios cistercienses.

Camino de santidad

Hemos visto que la simplicidad acompaña al movimiento de la fe. Consiste, pues, en consentir en que Cristo nos saque fuera de nosotros mismos. Lo cual no significa, como es obvio, estar ausente de sí mismo. Pero aquello a lo que es necesario renunciar, además del pecado y las sinuosidades del hombre viejo, son los deseos en lo que tienen de disperso y dispersante. Porque los deseos son como la distracción, en todos los sentidos, *del* deseo. Ahora bien, el deseo, en cierto modo, define y cualifica al hombre: somos seres de deseo, que sólo Dios puede colmar. No se trata, pues, de matar los deseos ni de cortarles las alas, sino de volverlos a la unidad, de concentrarlos en su único polo. Esa es la tarea concreta de la simplicidad.

Esta consiste en una rectitud de corazón y de intención, con un algo de libertad, de holgura, de dinamismo. De hecho, el afán por nuestra salvación también nos puede centrar en nosotros mismos en una actitud escrupulosa. La simplicidad consiste en romper con este último volver atrás. Como lo expresa muy bien Fenelón: “Vemos muchas personas que son sinceras sin ser simples; no dicen nada que no tengan por cierto; quieren que se las tenga sólo por lo que son; pero temen constantemente pasar por lo que no son; están constantemente estudiándose, revisando todas sus palabras y todos sus pensamientos y repasando cuanto han hecho por el temor de haberse excedido en dichos o hechos. Esas personas son sinceras pero no son sencillas, no están a gusto con los demás y los demás no lo están con ellos. No hay en ellas llaneza ni libertad, no hay ingenuidad ni naturalidad. Sería preferible que fuesen menos observantes y más

imperfectos, que fuesen menos remilgados. Tal es el gusto de los hombres, y no es otro el de Dios: él quiere almas que no estén pendientes de sí mismas y siempre mirándose al espejo para arreglarse”⁴⁶.

Por ser sencilla, la humildad no consiste en negar los dones de la gracia ni en cerrar los ojos sobre lo que Dios puede obrar a través nuestro: esto sería nuevamente rechazar lo real. Pero la sencillez capaz de “cerrar los ojos sobre su propio valor” y “de ignorar su propia santidad cuando salta a la vista” es una lucidez suficientemente grande para no atribuirse a sí misma lo que pertenece a Dios. Y san Bernardo prosigue: “El servidor verdaderamente fiel no retiene en sus manos nada de las gracias divinas que, indudablemente no provienen de él, pero que de todos modos pasan a través de él”⁴⁷.

Entonces, cuando la sencillez evangélica ha crecido en un ser, se torna perceptible como un resplandor que atrae e inspira confianza. Se siente que esa persona está en una relación íntima y transparente con Dios; se la siente muy desprendida de sí y al mismo tiempo, en vez de extraña a los demás, se la siente por el contrario más humana, dulcemente atenta al prójimo, sorprendentemente comprensiva, llena de simpatía que adivina los secretos del corazón. Se desprende de ella una gran naturalidad muy alejada de la espontaneidad primaria pero que ya ha superado al mismo tiempo la vigilancia necesaria a aquel que quiere progresar en el dominio de sus impulsos.

Porque he encontrado tales personas, puedo hacer mía, como conclusión, las palabras de san Francisco de Sales: “Lo digo de veras, no soy nada sencillo; pero es una maravilla cuan extremadamente me agrada la sencillez”⁴⁸.

*La Trapa de Chambarand
Francia*

⁴⁶ Ver nota 2.

⁴⁷ *Sup. Cant. Sermo* 13,4.

⁴⁸ Carta a la baronesa de Chantal, *Oeuvres*, t. XIII, p. 303 (Ed. d’Annecy).